

#####

## LOS PÁJAROS DE HITCHCOCK

A-well-a bird, bird, bird, the bird is the word.

THE TRASHMEN  
*Surfin' Bird*, 1963

Primero se hizo crítico —despellejando lealmente a todos sus antiguos compañeros.

RUDYARD KIPLING  
*El alba malograda*, 1928

#####

EN LAS PÁGINAS DE *La Vanguardia* podíamos convivir dos críticos como López-Buriel y yo, pero el mundo no era lo bastante grande para que nuestros egos coexistieran.

Si nos dignábamos a aparecer por la redacción nos tolerábamos amistosamente. Lo mismo que en presentaciones, debates, mesas redondas, y toda la lista de eventos a los que obligaba nuestro estatus. Coincidir cada dos por tres formaba parte de las inconveniencias profesionales: nos resignábamos de la misma forma que al leer los párrafos mal puntuados de X, o al sufrir un consagradísimo Y, al que la editora le perdonaba el tijeretazo... Gajes del oficio.

Aunque rivales, atacar al otro manifiestamente habría sido un error. Así que, mientras nos saludábamos efusivamente y discutíamos por quién pagaba los cafés, soñábamos con una reseña injusta, un ejercicio descarado de nepotismo, o un escándolo de pedofilia (ya estoy fantaseando) que mandara a la mierda la carrera del otro. El nuestro era un odio recíproco (y enmascarado). Compartíamos, también, un amor inamovible por los párrafos deslumbrantes de Musil y su *Hombre sin atributos*.

Dos años atrás López-Buriel se había atrevido con la publicación de un mamotreto de setecientas páginas (en la editorial de su amigo Z). El hecho me había incomodado porque en la partida de ajedrez que secretamente disputábamos López-Buriel y yo (notad el sarcasmo) significaba que con un movimiento astuto y elegantísimo acorralaba mi rey y que, para más inri, el público lo aplaudía. Gracias a los contactos de López-Buriel, el eco de la novela había sido considerable. No dejaré de reconocer, pese a todo, que el libro tenía sus golpes ocultos y entretenía. Esporádicamente. *Blancas negras* (notad la petulancia del título; aparentemente simple, profundamente elaborado) nos convertía en testigos de las guerras feudales peninsulares (escaramuzas, duelos, matrimonios, sobornos, venenos, etc.). Era una especie de novela caballeresca, coral y realista (esto es, libre de imaginación fantástica) en la que el juego de ajedrez ejercía de metáfora vulgar de las tramas para alcanzar el poder político. En cualquier caso, *Blancas negras* situaba a López-Buriel muy por delante de mí. (Las niñas, las atenciones a Silvia, los tochos enviados por las editoriales, las reseñas de última hora, las semblanzas de los que cada año nos dejan...) Yo nunca había encontrado el momento, ni la energía necesaria, para culminar ninguno de mis escritos de ficción; y en cambio él «había dado a luz», explicaba en una entrevista, «a la idea que albergaba desde joven». ¿De dónde había arañado López-Buriel las horas y horas destinadas a la novela? ¿Cómo

se había pasado al lado de la Constanca y la Soledad del escritor, él que era esencialmente un *bon vivant* y la cabeza visible de todo acto social? Setecientas páginas son setecientas páginas. Muchas páginas.

Sin perder la confianza, esperé a mover mi alfil.

En la presentación de la opera prima de un tal N, reencontré a mi colega y competidor. Allí acudimos poco más de veinte personas; muchos de nosotros, instados por el mismo López-Buriel, que ejercía de padrino literario. La editorial, independiente y raquítica, era Blefescu Libros. (Recomiendo a los editores evitar los juegos de palabras en el nombre de su empresa. Lo mismo vale para los escritores, con los títulos. Es una opinión, por supuesto.) La reunión discurrió bajo el signo de la apatía. N era un treintañero de cara simiesca (ojos negros, hundidos bajo las cejas; mandíbula prógnata). Iba vaciando el botellín de agua y bebía más de lo que justificaba el tema del libro o el uso que había dado a la perspectiva múltiple... Por cada frase que dejaba ir a trompicones, López-Buriel argumentaba siete más. Resumía sus motivaciones en un solo adjetivo y López-Buriel se prodigaba con siete más. De modo que, al final, las preguntas parecían dirigidas al maestro de ceremonias y no al joven autor que se ocultaba, progresivamente, tras sus gafas de pasta y su barba oscura.

Por la hoja de prensa, sabía que las cien páginas de la novelilla de N nos convertían en testigos de la competencia entre empresas que pretenden dominar el mercado del agua mineral para despachos y oficinas. Un trasunto de *Dune*, pero sin futuro, digamos. Puro presente. Pura nimiedad. Pensé en el agua como una suerte de metáfora de los imponderables y lo anoté en la Moleskine, aun sabiendo que la reseña sería cosa de López-Buriel. ¿Quién mejor que él para abordar el tema? ¿Quién sí no?

Acabado el coloquio, me acerqué a López-Buriel (felicitando a N, antes) y charlamos de Frankfurt y de la nueva traducción de los diarios moscovitas de Benjamin. Nos pidieron que no fumáramos en la sala y, tan pronto como salimos, se nos enganchó A para incordiar con «los abusos», decía, del último poemario de B. Y cuando alguien insinuó que había llegado la hora del copeo desapareció el primero y nos dejó solos a López-Buriel y a mi (y a su protegido silencioso). No sé cómo progresó la conversación que invocando a Gombrowicz y repasando la escuela simbolista francesa, acabamos hablando de Ionesco. Le expliqué mi anécdota de frustración con una de sus obras: *Rinoceronte*. De joven formé parte de un grupo de teatro universitario y esta pieza había caído en nuestras manos.

Estábamos ilusionados con el texto. ¡Gente que se transforma en rinoceronte! Nos estudiamos los papeles y el segundo día de ensayo apareció uno de los compañeros y dijo que lo mejor era cancelar la obra: resulta que, con *Rinoceronte*, el autor criticaba la conversión de la burguesía europea a la ideología fascista. A lo largo y ancho del texto, «rinoceronte» equivalía a «nazi». Lógicamente, nos decepcionó que aquel juego dramático, que a nosotros nos hacía tanta gracia, escapara del *nonsense* más puro.

—No la representamos —le estaba contando a López-Buriel—. Nosotros queríamos teatro del absurdo, burradas. ¿Sabes de qué te estoy hablando?

—Perfectamente. Es lo mismo que ocurre con *Los pájaros* —me contestó López-Buriel—. Cuando la ves te sacude, pero luego te enteras de los motivos, de la significación, y pierde todo su atractivo.

Dudé:

—¿Hitchcock pensaba en un mensaje concreto, más allá del terror inexplicable? Creo que no.

—Por supuesto, ¿no echaste nada de menos en aquel pueblecillo?

—¿Te refieres a que es un mundo ideal?

—Es ideal, pero lo que te pregunto es si no sospechaste que faltaba ningún elemento en aquella *Gemeinschaft* costera.

—Ni idea —odiaba aceptar mi ignorancia. Si es que López-Buriel no me tomaba el pelo. Apurando el cigarro, lo soltó más que satisfecho:

—Gente de color.

—¿Cómo?

—Negros. Es una isla de blancos protestantes, limpia de elementos raciales distorsionadores. Libre de delincuencia —tosió un poco—. *Los pájaros* es de 1963. Piensa en los guetos en llamas de la época y en la creciente visibilidad de la población de color... *Los pájaros* representan la amenaza del Otro; en el caso norteamericano, los negros.

Miré a López-Buriel a los ojos (la vanidad lo hacía asistir a los actos públicos con lentes de contacto) y traté de refutar su argumentación:

—Pero Hitchcock no usa cuervos únicamente. Quiero decir que aparecen razas distintas de aves... Dudo mucho que el miedo a la comunidad afroamericana fuera el mensaje de la película. Supongo que pretendía explicar algo menos constatable: miedos ocultos, energías subconscientes...

López-Buriel me cortó agitando la mano como un abanico:

—No, no, no. Hitch era un genio —dijo «Hitch». Me molestaron las confianzas—; se podía permitir ser racista pero de ningún modo caer en la evidencia o la vulgaridad... En un acertijo sobre la guerra,

¿cuál es la única palabra prohibida?

No me gustaba aquel tono aleccionador. Sospeché que la frase era un préstamo (quizás Mann o Meyrink; López-Buriel era un experto en Meyrink), pero la había modificado sutilmente para camuflar la procedencia, quizás con la ilusión de hacerla pasar por propia. Menudo pájaro, López-Buriel. No soportaba aquella voz, pero respondí como un buen alumno, casi recitando:

—La palabra «guerra». En el enunciado de la adivinanza no puede figurar la respuesta, es evidente.

—Pues es lo que deseaba Hitchcock: sutilidad... No hay negros, ni uno, cuando lo normal sería que los hubiera, ergo los negros son la clave de su relato.

—También funciona el recurso contrario —esto lo dijo N. De pronto había encontrado el valor suficiente para hacerse un hueco en el diálogo, y me hizo ver hasta qué punto lo habíamos ignorado todo el rato. N se dio unos golpecillos en la oreja y continuó—. A mí me gusta más porque de tan obvio no te lo esperas. Es una especie de *Zwischenzug*. Estás tan pendiente de la jugada-pantalla que no reparas en la de fondo, aunque la tienes delante de tus ojos. Tarantino lo consiguió en *Pulp Fiction*. El tío es tan bueno que puede ponerse cursi sin hacernos vomitar —se iba soltando, el amigo N—. Lo digo por la escena amorosa en que Travolta salva a Uma Thurman de una sobredosis. Es burda y elegante al mismo tiempo.

—No la recuerdo... —reconocí.

—Travolta le claba una jeringuilla llena de adrenalina —N lo representó con una triple puñalada, más propia de *Psicosis* (supongo) que de *Pulp Fiction*—; la aguja, pam, directa al corazón.

—Un Cupido gamberro —añadió López-Buriel para dejarme clara la metáfora.

—Pues no recuerdo la escena —dije—. Pero si es tal como dices es, cuanto menos, ingeniosa.

—Sí —contestaron al unísono.

Entonces reparé en las pérdidas que iluminaban mi móvil.

—Bueno, hoy tengo a la niña enferma, os dejo ya.

López-Buriel me agarró del hombro y yo lo imité.

—Dale recuerdos a Silvia —me dijo y nos despedimos como si volviéramos a vernos a la mañana siguiente y, después de felicitar a N por todo el trabajo realizado, me largué para casa. Aunque hice un alto en el Claudio's. Un whisky en la barra (nada más) mientras sonaba un disco del peñazo de Grappeli. Claro que ningún violín iba a amargarme la noche. El camarero (no sabíamos el nombre el uno del otro, pero nos teníamos cierta confianza, como entre vecinos) me preguntó por la razón de mi júbilo. Miré

el vaso (los cubitos brillando a contraluz) y lo alcé para brindar por los negros, los pájaros y por el idiota de López-Buriel, aunque al camarero le dije:

—Por el Barça del miércoles.

Y él dijo:

—Por el Barça. Aunque ya está ganado.

victor@garciatur.com

